

dad. Su fortaleza física era enorme. Parecía un gigante... Una común admiración por Nietzsche, por las enfermedades del cerebro y por la Santa Biblia, nos unió durante muchos años. Fué al poco tiempo de conocerle que me dijo:

— *Tengo que hacer un viaje. Mañana salgo de Buenos Aires.*

— *¿Para Europa?*

— *No. Europa no me atrae. La he visto demasiado en los libros. Además, con la imaginación he vivido demasiado en París. Conozco a Francia mejor que si hubiera nacido en la Rue de la Paix.*

— *Entonces?*

— *Me voy al campo. Mis padres y mis hermanas viven allá. Es un pueblo pintoresco y saludable. Se llama Monte-Verde. Es donde yo nací. ¿Quieres venir? Venga... ¿Por qué no me acompañas?*

— *El campo me anonada — respondí. — Soy hombre de ciudad. Para poder vivir tranquilo necesito soportar a cada rato las mil molestias de la civilización, desde el teléfono hasta el automóvil y desde la mujer hasta el aijojo...*

— *No importa. Allá encontrará usted una buena biblioteca. Podrá usted encerrarse con la civilización de muchos siglos. Además, hay árboles que son buenos amigos. Hay sierras de donde soplan vientos oxigenados. Los vinos, claros como el agua, embriagan de amor y dinamita. Revélvase. Venga... El clima es salutífero. Por otra parte mis cuatro hermanas tocan el piano, cantan y bailan. Son jóvenes. Harán de su parte todo lo posible para que usted pase un mes sin pensar mucho...*

Este bello croquis me decidió a aceptar la invitación. Ignoro si me sedujó el detalle de los arbales. No sé si me encantó la existencia de esas brisas serranas o, tal vez, la esperanza de hallar en Monte-Verde, alguna biblioteca exótica y prohibida. Quizás el vino... Sin embargo, estoy seguro de que las cuatro